



## SALAMANCA Y LA LENGUA ESPAÑOLA \*

POR ANTONIO TOVAR

La peregrinación académica a Salamanca significa—me atrevo a pensarlo—el afán de tocar las raíces y cimientos de donde ha surgido y en que descansa la comunidad que nos une. Hubierais podido llegaros tal vez a las tierras en que, al pie de las montañas cántabras, casi lindando con Vizcaya, nació nuestra lengua. Como también acercaros a las antiguas ciudades y villas: Burgos, Carrión, Valladolid, Segovia, Toledo, Medinaceli, Aranda, Peñafiel, Medina, donde la vida civil y religiosa fué madurando, a lo largo de siglos, el castellano del primitivo pequeño rincón. Pero desde Madrid, donde se está celebrando vuestra Segunda Asamblea, habéis elegido Salamanca para tener un contacto con el pasado de nuestro idioma. Os acoge esta aula, en la que aún parece que resuenan la voz de Vitoria y de fray Luis de León, y la Universidad os da las gracias por el honor que le hacéis.

Si aquí, precisamente en esta aula de la Universidad de Salamanca, se levantó la voz del padre Vitoria, sin temblar ante la

---

\* *En su discurso a los miembros del II Congreso de Academias de la Lengua, el magnífico rector de la Universidad de Salamanca, don ANTONIO TOVAR, señaló la relación existente entre la Universidad salmantina y la proyección de la Lengua Española en América. "La vieja Salamanca—dijo—es no sólo la nodriza del idioma ..., sino enriquecedora cultural, legisladora de su gramática, defensora de su prestigio y, últimamente—por boca de Miguel de Unamuno—, profetisa de la época nueva que esta Asamblea de Academias encarna." Gracias a la labor emprendida por las Academias hispanoamericanas, se va cumpliendo el sueño unamuniano, cuando escribía: "Hay que hacer la lengua hispánica internacional con el castellano."*

*En la misma sesión salmantina del 30 de abril de 1956 intervinieron asimismo don PEDRO LIRA URQUIETA (jefe de la Delegación chilena), los señores CARREÑO y JIMÉNEZ RUEDA (Méjico), MOTTA SALAS (Colombia) y BELAÚNDE (Perú), quien terminó el acto sosteniendo "el sentido platónico de la lengua castellana".*

majestad de Carlos V, para defender la justicia y examinar los títulos en derecho para la conquista de las tierras nuevas y la sujeción de sus naturales, es bien y adecuado que vuestra Asamblea rinda aquí homenaje a la escuela jurídica que fundó en la teología católica la colonización y la mezcla de las razas, y que sentó las bases de la comunidad que nos enorgullece.

La vieja Salamanca, si no madre de la lengua castellana, es no sólo la nodriza del idioma, desde los tiempos del Rey Alfonso el Sabio, reorganizador de esta Universidad, sino enriquecedora cultural, legisladora de su gramática, defensora de su prestigio, y últimamente, por boca de Miguel de Unamuno, profetisa de la época nueva, que vuestra Asamblea de Academias encarna. Desde una Cátedra de esta Universidad desbordó, hace ya más de medio siglo, la enseñanza de aquel vasco salmantinizado para defender, contra los casticistas y los disgregadores, contra los aferrados al pasado y los que deseaban romper con él, la lengua sobre que ahora legisláis vosotros, esa que él consideraba como una tarea por realizar cuando escribía: "Hay que hacer la lengua hispánica internacional con el castellano." El vió, desde aquí, antes que nadie, y soñó con su realidad futura el "sobrecastellano", "la lengua española o hispanoamericana".

Permitidme que me complazca en recordar la larga historia que enlaza a los sabios de Salamanca con la lengua española. Así quedará más justificado vuestro viaje y os servirá, a quienes de vosotros no conozcan Salamanca, de orientadora y guía en la visita.

Fué la emulación del Rey Alfonso IX de León frente al de Castilla la que hizo de Salamanca un puesto fronterizo aún, recién repoblado después de la expulsión de los moros, una ciudad universitaria. La creación del Estudio general hacia 1218, cuando se estaba erigiendo la catedral románica, sacaba para siempre de la oscuridad el nombre de la antigua *Salmantica*, alguna vez citada por los geógrafos antiguos y, aún más, por los historiadores, pues fué siempre el objetivo de una victoriosa incursión del cartaginés Aníbal. La Universidad se hubiera tal vez extinguido, como su hermana mayor castellana, la de Palencia, si Alfonso X no la hubiera reorganizado en 1254. Aún dura el eco de las fiestas con que en el curso 1953-54 conmemoramos el VII Centenario. La Universidad de Salamanca, que debió al Rey la fundación de sus Cátedras, no fué ajena a sus grandes trabajos legislativos y astronómicos. En la formación del idioma, Salamanca, que era leonesa, se incorporó al dialecto llamado a universalizarse. Los últimos acentos del leonés, refugiados contra la frontera portuguesa, guardan

el recuerdo del lenguaje en que todavía se escribió el Fuero de la Repoblación de Salamanca.

Acudían acá estudiantes de toda la Península, se aprendía aquí a gozar de la poesía escrita por los clérigos del cister, y después podremos ver en la Biblioteca, copiado por un estudiante de estas aulas, el códice del Arcipreste de Hita, el saber rimado del *Libro del Buen Amor* en su mejor ejemplar.

La grande, la máxima aventura hispánica, la que hace posible que nosotros, españoles, americanos, filipinos, estemos aquí reunidos, ganó de sí a Salamanca quizá más que a ninguna otra ciudad de España. La corte viajaba; pero la ciencia, con un aparato de bibliotecas, ya entonces, tenía aquí sede fija. Por eso estuvo Colón en Salamanca. En el convento dominicano de San Esteban, donde se guardan las reliquias del padre Vitoria, se alojó el navegante, para que la Universidad dictaminara sobre sus planes. Antonio de Nebrija, que era entonces aquí profesor de Gramática, y que venía lleno de los esplendores del Renacimiento italiano, tuvo la intuición del destino de la lengua. En el prólogo de su Gramática, al dedicársela a la Reina Isabel, como si esculpiera en la fachada plateresca de esta Universidad, dejó escrito lo siguiente, que bien conocéis:

“Cuando bien conmigo pienso, muy esclarecida Reina, y pongo delante de los ojos la antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordación y memoria quedaron escritas, una cosa hallo y saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fué compañera del Imperio.”

Parece que este pensamiento de Nebrija arraigó profundamente en Salamanca y se creyó aquí que la lengua seguía a las grandes empresas políticas. Pasarían los siglos, y en tiempos bien diferentes de los de Nebrija, un escritor formado aquí, Juan Pablo Forner, repetiría la afirmación del nebrijense: “Las lenguas siguen la suerte y costumbres de los Imperios.” Preocupaba aquí, en la larga crisis dieciochesca, cuando ya se estaba incubando la independencia de vuestra América, la fijeza del idioma. Si Nebrija había predicho la extensión prodigiosa de nuestra lengua, otro maestro salmantino, Gonzalo Correas, había—en los comienzos del siglo xvii—celebrado esta universal conquista. Al analizar y comparar las excelencias de varias lenguas, señala en su enumeración:

“La quinta, que sea muy extendida y dilatada, y que haya dudado y florecido largo tiempo, por donde haya criado y tenga muchos escritores y libros de todas materias en verso y en prosa.”

Al aplicar este punto a nuestra lengua, dice: “Su extensión es

sin comparación más que la latina, porque fué y es común nuestra castellana española a toda España, que es mayor más de un tercio que Italia. Y ha extendido sumamente en estos ciento veinte años, por aquellas muy grandes provincias del Nuevo Mundo de las Indias. Decid... que así no queda nada del orbe universo donde no haya llegado la noticia de la lengua y la gente española.”

Es la amenaza de esa misma universalidad la que angustia a Forner y la que, a lo largo del siglo XIX, aparece como un fantasma en la polémica entre Rufino José Cuervo y Valera: la fragmentación de los inmensos dominios geográficos de nuestra lengua, que ya no tienen vínculos de unidad política, y que podrían seguir el sino de los Imperios rotos y divididos. Otra vez nuestro Unamuno señaló desde Salamanca el camino: “No es con el monopolio de Madrid ni con el centro único como se mantendrá la unidad. Esperamos que es posible porque el mundo moderno tiene las comunicaciones fáciles y rápidas. Sabemos que es cierta porque en esta comunidad de nuestro idioma, cada nación, cada región, cada escritor tienen su voz y su voto.

“¿Con qué derecho se han de arrojar Castilla o España el cacicato lingüístico? El rápido intercambio que a la vida ordinaria distingue impedirá la participación del castellano, pues habrán de influirse mutuamente las distintas maneras nacionales, yendo la integración al paso mismo a que la diferenciación dialectal vaya.”

¿Qué mejor modo de integración que el de vuestra convivencia académica? Si eran de estas aulas los maestros que dieron la feliz fórmula de la lengua como compañera al ingenio, otro doctor salmantino ve en un dinámico intercambio la prenda de unidad, resguardándola así del peligro de las distancias y los centros plurales. Ved con qué celo Salamanca ha sabido dictaminar siempre sobre la vida del idioma.

Mas no creáis que con lo dicho se agota el caudal de cuanto aquí se ha pensado y dicho sobre la vida de nuestro idioma. Injusticia sería olvidar aquí a nuestro poeta fray Luis de León, de quien se cuenta que en esta misma Cátedra, cuando después de siete años de prisión en las cárceles inquisitoriales reanudaba su enseñanza, ante la expectación de los oyentes que aquí se apiñaban, conocedores de su carácter combativo y un tanto violento, comenzó, rehuendo toda alusión, con las palabras de ritual: “*Dicebamus aexterna die*” (Decíamos ayer...) ¿Generosidad de alma? ¿Energía rota por la prisión y el temor? ¡Secreto que se llevó la historia!

Fray Luis de León, artista en primer lugar, nos dice, en su defensa del español, algo que nos instruye mucho. La lengua no es sólo espontaneidad, ni en ella manda sólo el vulgo indocto. “El bien hablar—nos dice el maestro—no es común, sino negocio de particular juicio.” El escritor, el creador literario, el que trabaja la materia viva de las palabras, no puede dejar de preocuparse del idioma. Por una parte, tiene que alinear la lengua, enriquecerla pensando en ella cosas nuevas, envidiar a aquellas culturas desarrolladas que, según la frase del citado Forner, habían “hecho a su lengua depositaria de cuanto se sabe”. También en este aspecto recordaremos los prudentes consejos de un sabio formado en Salamanca en los grandes tiempos, el historiador Ambrosio de Morales, que dice: “Yo no digo que afeites nuestra lengua castellana, sino que le laves la cara. No le pintes el rostro, mas quítale la suciedad; no la vistas de bordados ni recamos, mas no le niegues un buen atavío de vestido que aderece con gravedad.”

Por otra parte, el escritor tiene que ser el reducto más firme de la lengua, en defensa contra el empobrecimiento, la desnaturalización, la languidez de la rutina.

Aun a trueque de fatigaros con citas, recordaré otro texto de Cadalso, aquel valiente oficial que pasó por Salamanca para despertar a la Universidad de su medio y crear aquí la segunda escuela salmantina. Pensando en los escritores de su tiempo, dijo lo que se podría aplicar a muchos del nuestro y en todas las Españas:

“Añaden al castellano mil frases impertinentes. Lisonjean al extranjero haciéndole creer que la lengua española es subalterna de las otras. Alucinan a muchos jóvenes españoles disuadiéndoles del indispensable estudio de la lengua natal.”

Y es que en estos consejos que da Cadalso se acusa el choque de la cultura nuestra con la de otros países. El problema es que, para ser actuales, tenemos que pensar cuanto se piensa en las otras lenguas de cultura, y el universalismo de nuestra época no nos deja seguir ensimismados en el pasado. Por otra parte, hoy sabemos que en la lengua no todo es espontaneidad, y que en la creación lingüística, junto al pueblo, que da la materia, está el escritor, que pone su sello formal. La creación literaria es, en primer lugar, creación lingüística, y el anónimo autor del poema de Mio Cid, como Berceo o la corte literaria del Rey Sabio, tienen una parte grandísima en la creación de nuestra lengua, que quizá contrapesa la fuerza creadora bullente en las entrañas del pueblo.

Señores académicos. La Academia Española, como las de vuestros respectivos países, no son asociaciones de lingüistas a quienes

interesen estos problemas, mal elucidados, de la vida del lenguaje. Os interesa no esta cuestión teórica, sino la vida concreta de nuestra lengua; el diccionario os preocupa, pero más aún la creación literaria viva en la lengua. Teorizáis tal vez sobre el lenguaje, pero la verdadera fuerza de vuestra legislación está en vuestra labor de creadores. De aquí el interés con que todos seguimos vuestro Congreso de las Academias de la Lengua Española; de aquí que os reciba rendidamente la Universidad de Salamanca, en la que tanto se ha escrito y pensado por y para nuestro idioma.

El contacto entre los escritores de vuestros países, como el contacto de estas huellas que aquí veis, hará vuestra legislación sobre el patrimonio que era sólo nuestro, y hoy es de todos, más justa y más eficaz, más respetuosa con el pasado y más atemperada a la realidad.

Habéis venido de todas esas remotas fronteras, donde el español linda con el tagalo, con el araucano, el quichua y el guaraní, de todos los confines, que uno de vosotros, don Arturo Capdevila, estudió hace años poéticamente. En vosotros pesan historias y presentes diversos, razas y políticas diferentes; nuestra lengua ya no sigue a un imperio; pero, como aquí contó Unamuno, nuestro espíritu está regado por la misma sangre, la lengua que aquí, en Salamanca, en estas aulas, ha vivido y vive, con vuestra presencia, momentos decisivos e inolvidables.

Antonio Tovar Llorente.  
Rector de la Universidad de  
SALAMANCA (España).